



La pequeña Martina y las estrellas

Era invierno y los pequeños ratones marineros no tardaron en quedarse dormidos en su barco, el *erizo de mar*. Fuera, los copos de nieve caían como suaves pétalos de rosa.

De repente, Martina se despertó.

—Venid rápido, chiquitines — susurraba su madre—. ¡Quiero que veáis una cosa!

Martina cogió a su hermano Martín y juntos corrieron a cubierta. Una vez allí, se quedaron asombrados. El cielo estaba lleno de luces que no cesaban de parpadear.

—¿Qué pasa a las estrellas, mamá? —dijo Martina preocupada—. ¿Adónde van?

—Todos los años —explicó el tío Federico—, con la llegada del invierno, cae una lluvia de estrellas fugaces. Las estrellas fugaces son regalos mágicos que nos envía el cielo a los ratones marineros para protegernos. Iluminan nuestras casas y nos guían a través de la tormenta y la nieve. La labor de nuestra familia es recogerlas.

Los ratones, envueltos en suaves bufandas, iniciaron su viaje nocturno. Las olas saltaban y danzaban en la oscuridad, y ellos seguían remando, cada vez más cerca de la orilla. Martina estaba tan emocionada que no podía contener su alegría.

—Tienes que ser valiente, Tete —susurró a su muñeco favorito—. Este es un viaje muy importante.

En la orilla, los ratones del pueblo corrieron a darles la bienvenida.



—Aquí tienes los cestos, Federico —dijo el amigo Tomás—. ¡Hay que darse prisa! Se acerca una terrible tormenta.

El tío Federico, mamá ratón, Martín y Martina se adentraron en las colinas nevadas, luchando contra el mal tiempo. El viento bramaba a su alrededor y los copos de nieve caían revoloteando en el cielo oscuro. Martina dio unos golpecitos cariñosos a Martín con sus patitas. Era una gran aventura.

Finalmente, los ratones llegaron a un claro. La nieve estaba cubierta de estrellas que resplandecían como luciérnagas.

Los ojos de Martín, que permanecía boquiabierto, brillaban de asombro.

Martina cogió algo reluciente con las patas.

—¡Mira, mamá! —exclamó.

—¡Daos prisa! —gritó el tío Federico—. ¡La tormenta está empeorando! Tenemos que recoger todas las estrellas y volver.

Martina correteaba de un lado a otro llenando su cesto de cientos de estrellas.

Decidida a recoger hasta la última estrella, cada vez se alejaba más.

—Ya te tengo —dijo mientras se estiraba para alcanzar una estrella que colgaba de las ramas de un árbol.

Por fin, Martina recogió la última estrella del suelo.

—Hola, pequeña estrella —le susurró mientras la acunaba suavemente. A su alrededor todo estaba oscuro, pero su cesto rebosaba de luz.

—¡Lo conseguimos! —exclamó orgullosa.

Mamá ratón dejó su cesto en el suelo y miró a su alrededor en busca de los demás ratones

—¿Martín? ¿Martina? —los llamó.

—¡Mamá, mamá! —dijo Martín mientras corría hacia ella—. ¡He encontrado a Tete! —gritó—. Se le debe de haber caído a Martina. ¡No la encuentro por ningún lado!

—¡Martina! ¡Martina! —la llamaban, pero nadie respondía.

Los ratones buscaban a la ratoncita en el bosque oscuro y nevado. Martín temblaba de miedo. ¿Y si Martina se había perdido para siempre? Entonces vio algo que parpadeaba tenuemente en la oscuridad.

—¡Martina! —gritó Martín. Los ratones corrieron hacia la luz que desprendía el cesto de la ratoncita.

—¡Menos mal que estás bien! —dijo mamá ratón mientras estrechaba entre sus patitas a la más pequeña de sus hijos.

Martina irradiaba de alegría.

—¡He recogido todas las estrellas! —exclamó.

—¡Estupendo, cariño. Eres muy valiente —respondió orgullosa mamá ratón.

El tío Federico llevó a los ratones de vuelta al pueblo, a través del fuerte viento y la nieve. Martina y Martín tropezaban continuamente, tenían las patas congeladas y tiritaban de frío. Cuando por fin vieron el pueblo cerca, oyeron alguien que gritaba:

—¡Ya habéis vuelto, sanos y salvos!



Los ratones del pueblo dieron la bienvenida a los ratones marineros y los envolvieron en mantas calentitas. Satisfechos, los marineros repartieron las estrellas que habían recogido: una para cada hogar.

Después, todos hicieron una fiesta. Sirvieron bebidas con burbujas, que hacían cosquillas en la nariz de Martina, y cantaron y bailaron hasta bien entrada la noche.

—Esta es la noche más emocionante de mi vida —le confesó Martina a Martín al oído mientras mordisqueaban unas galletas con forma de estrella recién salidas del horno.

Más tarde, los ratones marineros, ya cansados, remaron hasta hogar. El mar estaba tranquilo y, alrededor de la bahía, brillaban nuevas estrellas en el cielo oscuro.

Bien arropada en su cama, Martina observaba su estrella, la más bonita de todas, que resplandecía en la proa del barco.

—Buenas noches, Martín —susurró antes de quedarse dormida.

Esa noche soñó con la gran aventura que había vivido.



Steven Keeneth
La pequeña Martina y las estrellas
Barcelona: RBA Molino, 2005